

ENSAYO I

SOBRE EL MAL: LEIBNIZ CONFRONTADO CON ARISTÓTELES, SAN AGUSTÍN Y SANTO TOMÁS

I. EL MAL EN LA *TEODICEA* DE LEIBNIZ

De lo escrito por Leibniz en sus comentarios a los aforismos de Bayle, aforismos y comentarios que giran en torno al mal, y al papel que Dios juega en todo ello, queda claro que las principales ideas de Leibniz en torno al tema son las siguientes:

1. La causa del mal hecho por los hombres (el mal de culpa) es el pecado original.

Al respecto Leibniz habla de «el pecado original que hace que los hombres se inclinen al mal...»¹ (§126)

2. El libre albedrío juega un papel importante, al hacer posible que los hombres hagan grandes bienes, pero que también cometan grandes males.

Al respecto Leibniz afirma que «otra razón particular del desorden aparente, con respecto al hombre, es que Dios le ha hecho un presente al hacerlo imagen de la divinidad, dándole la inteligencia. Le deja obrar de cierta manera en su pequeño departamento (...) Allí es donde el libre albedrío hace su papel

¹ Pecado original o no, la inclinación del hombre al mal, y la realización del mismo (al igual que la inclinación al bien y su realización), es un hecho innegable que vale la pena explicar.

(...) El hombre es por consiguiente, como un pequeño Dios en su propio mundo, microcosmos que gobierna a su modo²; en él hace maravillas a veces (...) Pero también comete grandes faltas, porque se abandona a las pasiones, y porque Dios le abandona a sus sentidos...» (§147)

3. Dios, todo bondad y todo poder, permite el mal por los bienes que del mismo surgen, entre los que hay que considerar el perfeccionamiento del ser humano, que va más allá de la enmienda ligada con la pena³.

Al respecto Leibniz señala lo siguiente:

a) «Un verdadero bienhechor da pronto, y no espera para dar a que aquellos a quienes ama hayan padecido grandes desdichas a causa de la privación de lo que ha podido él darles, desde luego con facilidad y sin la menor incomodidad por su parte. Si la limitación de sus fuerzas no le permite hacer bien sin causar dolor o cualquier otra incomodidad, transige (...), pero no sin pena, y no emplea jamás esta manera de ser útil, cuando puede serlo sin mezclar ninguna clase de mal con sus favores. Si del provecho que pudiera sacarse de los males que él hiciese sufrir, hubiera de nacer un bien puro tan fácilmente como de estos males, tomaría la vía del bien completamente puro, y no la vía oblicua que conduciría al bien por el mal.» (§122)

² Lo cual es posible, desde la perspectiva expuesta por Leibniz, por el respeto total (en todos los casos) y definitivo (siempre) que Dios le tiene a la libertad de la persona.

³ ¿Cómo sería la vida del ser humano sin el mal, y por lo tanto sin el sufrimiento? Antes de responder hagámonos esta pregunta: si de nosotros dependiera, ¿eliminaríamos todo mal, desde la enfermedad más leve hasta la más brutal de las guerras, pasando por los desastres naturales? Si de mí dependiera, ¿lo elimino? No. ¿Ni siquiera en mi propio caso, considerado como la posible excepción que confirmaría la regla? No.

- b) «Dios, se dice, podía dar la felicidad a todos, podía darla pronto y fácilmente y sin ninguna incomodidad por su parte, porque todo lo puede. Pero, ¿debe hacerlo? El no haberlo hecho es una prueba de que no ha debido obrar de otra manera».⁴ (§122)
- c) «Dios (...) podría hacer el bien que nosotros deseáramos, y hasta lo quiere, tomándolo desligado de lo demás, pero no debe hacerlo con preferencia a otros bienes mayores que se oponen a ello...» (§122)
- d) «...ningún motivo hay para quejarse porque de ordinario sólo se llegue a alcanzar la salvación pasando por muchos sufrimientos y llevando la cruz de Jesucristo; estos males sirven para hacer a los elegidos imitadores de su maestro y para aumentar su felicidad»⁵. (§122)
- e) «Dios tiene una razón más fuerte y más digna de Él para tolerar los males. No sólo saca de ellos mayores bienes, sino que los encuentra ligados con los mayores de todos los bienes posibles...» (§125)
- f) «Para hacer a los hombres mejores, Dios hace todo lo que debe, y hasta todo lo que por su parte puede hacer, en cuanto debe hacerlo.» (§126)

⁴ Dada su infalibilidad (la imposibilidad de error), la actuación de Dios en el mundo siempre es la que debe ser en función de lo que Él mismo quiere y sabe que debe ser. Por ello para Leibniz este mundo es, en cada momento, el mejor de los mundos posibles, que no es lo mismo que el mejor mundo deseable, debiéndose la diferencia a la libertad individual.

⁵ Independientemente de la visión cristiana del mal y el sufrimiento, y del sentido que dicha visión le da a ambas realidades, la pregunta desde el ámbito meramente racional, el ámbito de la filosofía, debe ser por el papel que el mal y el sufrimiento, que son una realidad, juegan en la vida de cada persona, pudiendo considerarse que son un medio para el logro de un fin, fin que, tal vez, cada uno debe encontrar por su cuenta. Insisto en la pregunta: ¿qué papel juegan el mal y el sufrimiento en la vida de la persona, y cómo sería la persona que en su vida hubiera padecido el mal y sufrido por ello?

- g) «El fin más común de la penalidad es la enmienda; pero no es el fin único...» (§126)
- h) «Dios quiere el orden y el bien; pero sucede a veces que lo que es desorden en la parte es orden en el todo.» (§128)
- i) «...hay casos en que algún desorden en la parte es necesario para producir un orden mucho mayor en el todo.» (§145)
- j) «Dios, por un maravilloso arte, hace que todos los defectos de estos pequeños mundos se conviertan en el mayor ornamento de su gran mundo.» (§147)

4. Dios creó el mejor de los mundos posibles y si en este, el mejor de los mundos posibles, hay mal, es porque Dios, no solamente lo permite, sino porque lo sabe necesario para el logro de mayores bienes.

Al respecto Leibniz apunta lo siguiente:

- a) «Dios (...) no comete ninguna falta y hace siempre lo mejor.» (§125)
- b) «...el gobierno de Dios es el mejor Estado posible.» (§128)
- c) «La suprema razón le obliga (a Dios) a permitir el mal: si Dios escogiese lo que no fuese mejor absolutamente y en conjunto, resultaría un mal mayor que todos los males particulares que pudieran impedirse por este medio. Esta mala elección arruinaría su sabiduría o su bondad.» (§129)
- d) «Dios hace con la materia la más preciosa de todas las máquinas posibles, y hace con los espíritus el más bello de todos los gobiernos concebibles; y por encima de todo esto establece, por virtud de la unión de ambas cosas, la más perfecta de las armonías (...) Y ya que el mal físico y el mal moral se encuentran en esta obra tan acabada, debe creerse (...) que sin esto un mal mayor todavía hubiese sido absolutamente inevitable. Este mal tan grande consistiría en que Dios habría escogido mal, si hubiese obrado de manera distinta que la escogida.» (§130)

- e) «Dios es infinitamente poderoso, pero su poder es indeterminado, y la bondad y la sabiduría unidas le determinan a producir lo mejor.» (§130)
- f) «Dios no podía crear un sistema mal enlazado y lleno de disonancias.» (§130)

5. Dios, dado que creó el mejor de los mundos posibles, no puede, sin caer, no solamente en contradicción, ¡sino en pecado!⁶, impedir el mal, presente en este, el mejor de los mundos posibles.

- a) «Dios tiene una razón más fuerte y más digna de Él para tolerar los males. No sólo saca de ellos mayores bienes, sino que los encuentra ligados con los mayores de todos los bienes posibles, de suerte que sería una falta el no permitirlos.» (§125)
- b) «El permitir los males proviene de una especie de necesidad moral, y Dios se ve obligado a ello por su sabiduría y bondad...» (§128)
- c) «En Dios toda falta tendría carácter de pecado; y aún sería más que pecado, porque destruiría a la Divinidad. Ahora bien: sería el mayor defecto en Dios el no escoger lo mejor (...) (ya que ello) impediría el pecado por medio de una cosa que sería el peor de todos los pecados...» (§131)

6. La perplejidad e indignación del hombre ante al mal se debe a que no es capaz de ver «el cuadro completo», es decir, a que no es capaz de prever los bienes que de los males surgen, y a que es incapaz de observar la obra completa de Dios.

⁶ Entendiendo por pecado el incumplimiento de lo ordenado por Dios, que en el caso de la persona es posible gracias a su libertad, que a su vez es posible gracias a que Dios propone (invita a...) pero no impone (obliga a...), dejando en las manos de la persona la decisión de obedecer o no. Dios respeta a rajatabla la libertad individual.

Al respecto Leibniz señala lo siguiente:

- a) «Ni siquiera puede desearse que las cosas marchen mejor, cuando se conocen bien...» (§122)
- b) «...el género humano, en lo que nos es conocido, no es más que un fragmento y una pequeña porción de la ciudad de Dios o de la república de los espíritus. Tiene ésta demasiada extensión para nosotros y la conocemos muy poco, para que podamos observar su orden maravilloso (...) Sería preciso juzgar de las obras de Dios tan discretamente como Sócrates juzgó las de Heráclito cuando dijo: lo que he oído de ellas me agrada; y creo que el resto no me complacería menos, si lo oyese.» (§147)

7. En la vida de los hombres hay más bien que mal.

Al respecto Leibniz no deja lugar a dudas al afirmar que «hay, sin comparación, más bien que mal en la vida de los hombres» (§148), si bien es cierto que, a renglón seguido, señala que «respecto de la virtud y del vicio, reina en el mundo un cierto término medio.» (§148)

Resumiendo, y en función de los textos analizados, análisis que habría que redondear con la lectura completa de la *Teodicea* (1709) y de las *Confesiones del filósofo* (1672), los dos textos dedicados por Leibniz al tema del mal, queda claro que, para el filósofo alemán, i) la causa del mal, hecho por los hombres, es el pecado original⁷; ii) que el libre albedrío juega un papel importante, al hacer posible, más no inevitable, que los hombres obren mal⁸;

⁷ Lo cual es falso. El pecado original fue un mal, hecho por un hombre, realizado antes del pecado original. La causa del mal hecho por los hombres no es el pecado original, sino lo mismo que hizo posible ese pecado: la libertad individual, que en el caso de Adán pudo más que los dones preternaturales con los que Dios lo dotó: ciencia infusa, dominio de las pasiones, inmortalidad corporal.

⁸ Y no es inevitable, precisamente, por la libertad individual, entendida, como lo hace Karol Wojtyła, como un «podría, pero no es necesario». Por ejemplo: podría

iii) que Dios, todo bondad y todo poder, permite el mal por los bienes que del mismo surgen o que el mismo provoca; iv) que Dios creó el mejor de los mundos posibles, y, v), que si en éste, el mejor de los mundos posibles, hay mal, es no solamente porque Él lo permite, sino porque lo sabe necesario para el logro de mayores bienes, razón por la cual Dios no puede, sin caer en contradicción, ¡y en pecado!, impedir el mal⁹; vi) que la perplejidad e indignación del hombre ante al mal se debe a que es incapaz de prever los bienes que de los males surgen, y a que no es capaz de observar la obra completa de Dios y, por último, vii) que en el mundo hay más bien que mal. Todo esto, ¿qué tanto coincide con el pensamiento de Aristóteles, San Agustín y Santo Tomás de Aquino?

II. SOBRE EL MAL: ARISTÓTELES Y LEIBNIZ

Para Aristóteles malo es todo aquello que, por exceso o defecto, impide ver y servir a Dios, siendo éste el mal más importante, el mal moral, el opuesto a la virtud, el que se hace por exceso o por defecto.

Leibniz no habla, en los textos analizados, de la virtud, mucho menos entendida y practicada como el punto medio entre un exceso y un defecto, siendo la única referencia al respecto la siguiente afirmación, ya citada en su momento: «Respecto

hacer el mal, pero no es necesario que lo haga. Por lo tanto, si lo hago, es debido a que así lo decidí. La libertad supone las dos erres: la del riesgo (por ejemplo: de hacer el mal) y la de la responsabilidad (por ejemplo: por el mal realizado).

⁹ Insisto en el punto. Al margen del papel que Dios juegue (por ejemplo, desde la perspectiva del teísmo), o no juegue (por ejemplo, desde el punto de vista del deísmo), en todo lo relacionado con el mal, y con su consecuencia sobre el ser humano: el sufrimiento, ¿qué papel juegan ambos –mal y sufrimiento– en la vida de la persona y cómo sería una persona que nunca se hubiera enfrentado a ellos?

de la virtud y del vicio, reina en el mundo un cierto término medio.» (§148)

Leibniz señala, claramente, que «el pecado original (...) hace que los hombres se inclinen al mal...» (§126), pecado original que, ya en clave cristiana, es entendido como la consecuencia de no haber obedecido a Dios (¿no haberlo visto, no haberlo servido?), punto en el cual convergen las ideas de Aristóteles y Leibniz (afirmación que hace necesaria esta observación: antes del pecado original el ser humano ya tenía el poder de elegir entre el bien (obedecer a Dios) y el mal (desobedecer a Dios), y esa es la razón de la prohibición divina, prohibiciones que tienen sentido cuando el agente al que se le prohíbe algo, precisamente por tratarse de algo malo, tiene la posibilidad de llevarlo a cabo, y por ello de hacer el mal. Y esa posibilidad no es otra más que la libertad individual).

III. SOBRE EL MAL: SAN AGUSTÍN Y LEIBNIZ

El principal reto que, en torno al tema del mal, enfrentó San Agustín, fue el de encontrar la razón de ser del mal, sin poner en entredicho, ni la bondad, ni la omnipotencia, de Dios, tema que también ocupó a Leibniz, y que puede presentarse, como de hecho se le presentó al filósofo de Leipzig, de tres maneras. Primera: Dios no quiere el mal, pero no puede evitarlo, luego es bueno pero no omnipotente. Segunda: Dios sí puede evitar el mal, pero no quiere evitarlo, luego es todopoderoso pero no bueno. Tercera: Dios, creador de todas las cosas, entre las que se encuentra el mal, es, por ello, causa del mal (afirmación que pasa por alto la idea, presentada y defendida por muchos filósofos, de que el mal no es *algo*, con entidad propia, sino *ausencia* de algo, y por ello sin ningún tipo de identidad propia, idea que, a su vez, pasa por alto el hecho de que, con entidad propia o sin ella, las consecuencias del mal, sobre todo del mal *de culpa*, como lo

llama Leibniz, que es el mal hecho por el ser humano, resultado de determinadas conductas, el mal moral, son reales en la vida de las personas).

San Agustín encuentra parte de la respuesta al decir que la razón de ser del mal es el orden universal, y que este, el orden universal, para perfeccionarse, requiere de aquel, el mal, que entonces resulta necesario en función de un mayor bien, algo que concuerda con lo que Leibniz afirma repetidamente en el sentido de que «...hay casos en que algún desorden en la parte es necesario para producir un orden mucho mayor en el todo» (§145), y que «Dios (...) hace que todos los defectos de estos pequeños mundos se conviertan en el mayor ornamento de su gran mundo,» (§147) (algo que, sobre todo cuando el mal es enorme, cuando ocasiona sufrimientos tremendos, cuando no es posible relacionarlo con ningún tipo de *ornamento*, sino solamente con lo que podría calificarse como *esperpento*, sólo Dios es capaz de ver, quedándole al ser humano, si es que le queda, el consuelo de la fe: creer que, efectivamente, aunque no lo entienda y/o aunque no lo acepte, así es, y que al final de cuentas, en función de ese *gran mundo* que sólo Dios es capaz de ver, todo estará bien).

Si para San Agustín la razón de ser del mal se encuentra en el orden universal, su causa se encuentra en la libertad individual, algo que concuerda, nuevamente, con lo señalado por Leibniz: «Otra razón particular del desorden aparente, con respecto al hombre, es que Dios (...) le deja obrar de cierta manera en su pequeño departamento (...) Allí es donde el libre albedrío hace su papel.» (§147). No hay que olvidar que el texto en el cual San Agustín trata el tema del mal es *De libero arbitrio*.

Por último, para San Agustín queda claro que Dios, por su omnisciencia, *prevé* las acciones de todas sus creaturas¹⁰, y que,

¹⁰ Que Dios prevea las acciones del ser humano no quiere decir que Dios sea la causa eficiente de esas acciones (prever no es lo mismo que causar), lo

por su omnipotencia, *puede* evitarlas, sobre todo las malas, pero *sin tener que* evitarlas. Si al final de cuentas no lo hace, es porque las acciones humanas cuyas consecuencias son malas, y por lo tanto ocasión de males, son conformes con el orden ético, tal y como Él lo concibió, todo lo cual apunta al mejor de los mundos posibles de Leibniz, quien afirma que «Dios (...) no comete ninguna falta y hace siempre lo mejor.» (§125). Sintetizando lo expuesto por san Agustín y Leibniz, Ezequiel Téllez señala que «el sufrimiento que para un sujeto particular es malo, para el orden universal, que no escapa a Dios, es bueno, pues el mal concurre al esplendor del orden y a la mejor obtención de su fin tal y como Dios lo enfoca», lo cual no deja de ser una afirmación con una buena dosis de misterio, ya que si ese mal, que es un mal moral, consecuencia de una decisión y acción humana, que a la vista de Dios es menor, está en función de un bien mayor, ¿por qué habría de dejarlo Dios al libre arbitrio de cada cual? La única respuesta aceptable es: por respeto a la libertad de la persona, respeto de Dios a la libertad personal que es lo único que explica, queriendo Dios el bien, y pudiendo Dios evitar el mal, la existencia del mal *de culpa*. Dios quiere el bien, pero más, ¡mucho más!, quiere que la persona sea libre, aun tomando en cuenta que esa libertad puede ser causa del mal *de culpa*, que no solamente ocasiona un mal a un paciente sino que convierte al agente en *culpable*, lo cual supone la degradación moral. Tal es el valor de la libertad, de esa misteriosa, maravillosa y peligrosa facultad para decidir y elegir y, todavía más importante, para decidirse y elegirse.

cual eliminaría la libertad individual y la responsabilidad personal, todo el ámbito de la ética.

IV. SOBRE EL MAL: SANTO TOMÁS Y LEIBNIZ

Hay coincidencias en los puntos de vista de Santo Tomás y Leibniz en torno al tema del mal, pero el análisis del segundo se queda corto en comparación con el del primero. La coincidencia es clara, ya que tanto para Santo Tomás, como para Leibniz, Dios no ha querido excluir el mal del mundo, y lo permite para alcanzar la perfección del Universo, que tiene que incluir, si no la perfección moral de la persona, si su perfeccionamiento en el sentido moral del término¹¹. (¿Hubiera aceptado Santo Tomás la tesis leibniziana del mejor de los mundos posibles?).

Pero más allá de esta coincidencia, con todo lo que la misma implica, el análisis tomista del mal es más completo (y complejo) que el leibniziano, en el cual no encontramos la concepción, ya presente en el pensamiento de San Agustín, del mal como privación y, propia de la reflexión de Santo Tomás, de la existencia del mal como el signo de la existencia de Dios. Santo Tomás dio un giro de ciento ochenta grados, y en vez de deducir del mal la inexistencia de Dios —*malum est, ergo Deus non est*—, deduce su existencia: *si malum est, Deus est*.

Volviendo a las coincidencias entre Santo Tomás y Leibniz —Dios no ha querido excluir el mal del mundo, y lo permite para alcanzar mayores bienes— hay que tomar en cuenta que el primero explica, a partir de siete razones, el porqué de la decisión de Dios de permitir el mal, siete razones que, en su mayoría, directa o indirectamente, también encontramos en Leibniz.

Primera: fallan las causas segundas, no la Causa Primera, lo cual quiere decir que no fallan, ni la bondad ni el poder de Dios,

¹¹ Y esa perfección del Universo, que tiene como condición necesaria la presencia del mal, incluye la perfección de la persona, que entonces también tiene como condición necesaria la presencia del mal, y de su consecuencia inevitable: el sufrimiento, y tal vez, sobre todo y ante todo, ¡y estoy consciente de lo que estoy a punto de escribir!, del mal *de culpa*, consecuencia de la decisión y acción de alguien.

sino la libertad del hombre¹², afirmación que Leibniz comparte: «El hombre es (...) como un pequeño Dios en su propio mundo, microcosmos que gobierna a su modo (...) Allí es donde el libre albedrío hace su papel.» (§147)

Segunda: la Bondad Perfecta hace posibles distintos grados de bondad y, por ello, de defectos a los que llamamos males. En Leibniz no encontré ninguna referencia al tema de los grados de la bondad como explicación de la existencia del mal.

Tercera: Dios deja a las creaturas actuar según su propia naturaleza, afirmación que Leibniz comparte: «El hombre es (...) como un pequeño Dios en su propio mundo, microcosmos que gobierna a su modo...» (§147)

Cuarta: si se eliminara la posibilidad de actuar mal¹³, se arrebatarían muchos bienes al universo, afirmación que Leibniz vuelve a compartir:¹⁴ «Dios (...) podría hacer el bien que nosotros deseáramos (...) pero no debe hacerlo con preferencia a otros bienes mayores que se oponen a ello.» (§122)

Quinta: la existencia de ciertos males hace posible la existencia de ciertos bienes, punto de vista que Leibniz comparte: Dios «no sólo saca de ellos (los males) mayores bienes, sino que los encuentra ligados con los mayores de todos los bienes posibles...» (§125)

¹² Afirmación que nos da una idea de la naturaleza de la libertad (que Dios respeta total y definitivamente) y de su poder y alcance (que Dios no limita, y mucho menos elimina).

¹³ Posibilidad de actuar mal que se encuentra hasta en El Paraíso, y por ello el pecado original. Todo indica que el actuar mal, y sobre todo (lo digo en términos leibnicianos) el mal *de culpa*, es una posibilidad inherente a la *acción* humana y, por ello, a la *condición* humana.

¹⁴ Según este argumento Dios permite el mal por el bien mayor que de él se derivará, lo cual plantea esta pregunta: entonces, ¿Dios respeta la libertad individual por respeto a la misma o por el mal que de su mal uso se deriva? Para Dios, ¿es la libertad un absoluto que debe respetarse por sí misma, o algo relativo que debe permitirse por lo que, supuesto su mal uso, puede provocar: el mal del cual saldrá un bien mayor?

Sexta: es propio de Dios permitir el mal en algunas partes de universo, para alcanzar la perfección del mismo, idea que, de nueva cuenta, Leibniz comparte: «...hay casos en que algún desorden en la parte es necesario para producir un orden mucho mayor en el todo.» (§145)

Séptima: conocemos el bien en comparación con el mal¹⁵, y deseamos el bien en medio de los males que sufrimos, afirmación de Santo Tomás para la cual no encontré ningún equivalente en el texto de Leibniz.

Las siete razones de Santo Tomás se sintetizan de la siguiente manera. Primero: Dios permite el mal por los mayores bienes que de él se obtienen (razones cuarta, quinta y sexta). Segundo: la causa del mal es la libertad humana, no la decisión de Dios (razones primera y tercera). Tercero: la bondad es relativa (en este mundo encontramos bienes, no el Bien), por lo que los excesos y defectos de esa bondad relativa son necesariamente males (razón segunda) y, cuarto, conocemos y queremos el bien en relación con el mal, de tal manera que sin el segundo no

¹⁵ De tal manera que, sin el mal, seríamos incapaces de identificar el bien, y por ello de valorarlo, lo cual no quiere decir que no exista, sino que somos incapaces de identificarlo. ¿Cómo sería la persona incapaz de identificar y valorar el bien?, pregunta que me remite a esta otra, ya hecha con anterioridad: ¿cómo sería la persona que nunca hubiera experimentado el mal y el sufrimiento, sobre todo el segundo? El mal que no ocasiona sufrimiento alguno en la persona, ¿sirve para algo? El mal, ¿para qué sirve? ¿Qué papel juega en la vida de las personas? Si se nos diera la oportunidad de eliminar todo mal —ojo: cualquier mal— de la vida de nuestros hijos, ¿la aceptaríamos? Y si no, ¿por qué no?, lo cual nos lleva de nueva cuenta a esta pregunta: ¿qué papel juegan el mal y el sufrimiento en la vida de las personas? Una vida sin ningún tipo de sufrimiento, ¿valdría la pena? ¿Cuál es el bien mayor que, en la vida de cada persona, es consecuencia un mal menor? Y ese bien mayor, ¿no dependerá de la reacción de la persona frente a ese mal menor, reacción que en muchos casos puede no ser la adecuada para ocasionar ese bien mayor, que entonces no depende del mal menor sino de la reacción de la persona, de su libertad? Si es así, ¿depende de la libertad de cada quien convertir los males menores en bienes mayores? (¿Cómo se relaciona esta pregunta con la tesis de Fromm en *El hombre en búsqueda de sentido*?).

sería posible el primero (¿no es esto demasiado dialéctico, en el sentido hegeliano del término?; razón séptima).

Son obvias las semejanzas, al menos a partir de los textos analizados, entre la respuesta tomista y la leibniziana a la pregunta ¿por qué el mal?, si bien es cierto que también son obvias las diferencias, sobre todo a partir de la explicación que da Santo Tomás de Aquino de la división del mal; del estatus óntico del mal; del mal como privación, y de la causalidad del mal, nada de lo cual encontramos en el análisis de Leibniz, quien centra la atención en la pregunta por el origen del mal, sin prestar mucha atención, al menos en los textos estudiados, a la pregunta por la esencia del mal, tema que Santo Tomás sí analiza.